

tancia; (1) en Jesús, el cual decía á sus Apóstoles: «El que me ve, ve á mi Padre.» (2) Nunca podía José saciar sus ojos de esta doble contemplación, que nadie ha prolongado tanto como él sobre la tierra: y la maravillosa hermosura de su Hijo y de su Esposa, le arrebatava en un éxtasis ardiente.

Mas ¿qué diremos de los días de fiesta? ¿No era José el observador exactísimo de esa Ley sagrada, que recomendaba expresamente la santificación del séptimo día? Cada semana, sin hablar de los días de fiesta, el trabajador José encontraba un día de descanso que podía ocupar todo entero en el pensamiento y con el amor de María y de Jesús. En verdad, creemos fácilmente, que José no estaba de ninguna manera deseoso de desobedecer á los preceptos de Moisés, y de continuar en el día del sábado el trabajo de la semana. Durante todo un largo día que no obstante parecía transcurrir rápidamente, embriagábase copiosamente con los discursos y con la amada presencia de Jesucristo y de María. Repitamos pues, en su alabanza, lo que canta la Santa Iglesia: «¡Oh José! seais

(1) Hebr., I.

(2) Joan, XIV.

celebrado por todos los ejércitos celestiales; seais cantado por todos los coros de los cristianos. Vos, que lleno de ilustres méritos, estais unido por una casta alianza con la Virgen gloriosa. Los otros santos son consumados después de su vida por una muerte piadosa, y la bienaventuranza los recibe después que han ganado sus celestiales coronas; pero vos, semejante á los santos del cielo, teneis la inefable felicidad de poseer á vuestro Dios desde esta vida.»

Te Joseph celebrent agmina Cœlitum,  
Te cuncti resonent Christiadum chori,  
Qui clarus meritis, junctus es inclytæ  
Casto fœdere Virgini.

Post mortem reliquos mors pia consecrat,  
Palmamque emeritos mors pia suscipit,  
Tu, vivens, Superis par, frueris Deo,  
Mira sorte beatior. (1)

Mas ¿qué solamente para José son hechos el descanso y la alegría que el séptimo día debe proporcionar? ¿Qué, la ley cristiana ha hecho desaparecer la obligación de consagrar un día entero cada semana al servicio del Señor? Sin duda que nó. Y si la severidad del precepto se ha mitigado, si muchas

(1) Hymn, in primis Vesperis.

cosas son permitidas ahora para el cristiano, que no podía hacer el judío, no es para disminuir en nuestros corazones el deseo de la oración y el amor de los bienes celestiales; sino al contrario, para inflamarnos más por la dulzura de los preceptos evangélicos y por la manifestación de esa inefable misericordia que sucede á la ley de temor y llena la ley de amor. Que el artesano se aproveche pues como José, de ese descanso que Dios le dá; y que por la fiel observancia del precepto se disponga á recibir las gracias de que piensan colmarles Jesús y María.

Que vaya á las iglesias, porque allí es donde el Hijo y la Madre se dignan hacer su principal residencia. En toda Iglesia descubrirá el artesano fácilmente la habitación de María, la capilla privilegiada, consagrada bajo sus auspicios y adornada con su radiante imagen. Allí es donde están reunidas en torno de nuestra augusta Soberana, todos los recursos de las artes de que nuestra pobreza puede disponer en su favor. ¡Qué amables rayos de luz colorada dejan escapar los bellos cristales á su alderredor! ¡Qué suaves pinturas decoran los muros de su augusto santuario! ¡Cuántas flores, cuántos perfumes y tapicerías! ¡qué ricos ornamentos, cuántas

obras de platería, cuántos cirios encendidos en su honor! Que el trabajador se arrodille en presencia de la Reina del universo, que con todo y eso, es su Madre, para que sienta descender sobre su cabeza el suave rocío de su mirada.

Que vaya en seguida á Jesucristo para adorarle en el Tabernáculo donde reposa. Debe, como José, santificar sus días de descanso por el doble comercio de nuestro Señor y de su Madre, del Salvador de todos los hombres y de la Virgen Purísima; por la doble presencia de María y de Jesucristo. ¿Por qué no derrama toda su alma en presencia de este Amigo celestial que no vive en medio de nosotros sino para consolarnos é instruirnos? ¿Podremos creer que Jesucristo no dice nada desde el fondo del Tabernáculo donde reside? ¡Oh! ¡no, sin duda! No todas sus palabras han sido reservadas á Señor San José; sino que todavía conserva para nosotros parecidos consuelos, y semejantes enseñanzas. Que el artesano sepa escuchar durante el santo día, esa voz maravillosa que no pide á sus discípulos la ciencia, sino solamente la pureza del alma y ese desasimiento universal que cada uno de nosotros puede adquirir si lo quiere.

¿Quién duda que Señor San José no repitiése muchas veces al oído de María las palabras del Arcángel; esas palabras benditas que fueron escuchadas una vez por una sola Virgen en todo el curso de los siglos; y que ninguna otra virgen oirá jamás repetir hasta la consumación de los tiempos? ¿Quién duda que el piadoso Esposo no fuese lleno de la mas dulce embriaguez cuando decía á su Esposa con su corazón todo abrazado: «Dios te salve, María, llena de gracia, bendita eres entre las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre, Jesús?» Mas el artesano puede gozar de una felicidad muy semejante. Que tome ese rosario bendito que la Bienaventurada Virgen deposita entre sus manos, por medio de su siervo Santo Domingo: que haga pasar suavemente entre sus dedos esas pequeñas cuentas que llevan consigo el valor y el regocijo; y su corazón, como el de José, se llenará de santa alegría todas las veces que, perdido entre la multitud de los cofrades del santo rosario, repita modestamente: «Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús.»

Y aún, de él dependé el sobrepujar si le quiere, la felicidad y la gloria concedidas por

el Salvador á Señor San José. Sabemos que este gran Patriarca tuvo el admirable privilegio de llevar en sus brazos al Niño que gobierna al mundo; sabemos que le fué permitido escuchar sus doctrinas celestiales; podemos creer también, sin incertidumbre, que el alma de Señor San José estaba toda poseída del deseo de unirse con ese amigo tan tierno, con ese Señor tan poderoso y tan sabio; toda llena del deseo de vivir de su vida, de perderse totalmente en Él por una inefable comunión. Mas la Santísima Eucaristia no estaba aún establecida, y los deseos de José no podían adelantar la hora fijada por Dios para la institución de este augustísimo Sacramento.

Así es que el artesano puede, si lo quiere, exceder en la felicidad á Señor San José, y recibir unos beneficios que no fueron concedidos al mas santo de todos los hombres. Que purifique su alma en el santo tribunal en donde los pecadores ven desaparecer sus pecados por la aplicación de la Sangre divina de Jesucristo; y una vez revestido con la túnica de la inocencia, que vaya á la Mesa Eucarística, que pida el Pan celestial resueltamente y sin temor, porque ni el mismo sacerdote se reconoce con el poder de rehusár-

selo. Que abra sus labios respetuosos; que comulgue y que reciba, no á su lado, sino en el, en sí mismo, al consolador de todas sus penas, al Salvador de todos sus males, á su amigo, á su hermano, á su padre, á su Dios, á Jesucristo nuestro Señor! De esta manera, la sociedad tan íntima y tan amable de Jesús y de María, endulzará para el artesano, lo mismo que para José, los trabajos de esta vida, y mezclará los consuelos en las penas, y las alegrías con los trabajos y dolores. Solamente, y esto es lo que no debemos nunca olvidar, que las penas y dolores se pasan y huyen con prontitud maravillosa; se alejan y desaparecen á cada semana, á cada hora y á cada instante. Por el contrario, la felicidad es permanente y eterna; porque después de haber gozado algunos instantes en esta vida, de Jesús y de María, esperamos ser trasladados al cielo, en donde gozaremos de María y de Jesús por toda la eternidad!

## CAPITULO VIII.

**De cómo el glorioso Señor San José, es patrón de las almas entregadas á la oración.**

**Q**UICUMQUE enim Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. (1) Es propio de los cristianos, ó mas bien de los hijos de Dios, el ser conducidos por su Espíritu.

Los cristianos regenerados por el nuevo nacimiento que han recibido en las aguas del santo Bautismo, se dirigen desde luego hacia un fin de sublimidad sin igual. Están en camino hacia la eterna bienaventuranza que consiste en la visión intuitiva, sin intermediario y cara á cara de la Divina Magestad: y para producir acciones proporcionadas á la grandeza del destino que se les prepara, para disponerse desde ahora de una manera eficaz á la adquisición de esa recompensa inaudita, no podría bastarles el ejercitar las facultades humanas y naturales que han recibido de sus padres según la carne. A Dios es á quien pertenece ponerlos eficazmente en movimiento hacia el reino celestial, y esto es lo que cumple sin cesar en ellos por el don y la comunicación de su Espíritu, sin el cual

(1) Rom., VIII.